

SOBRE WHITEHEAD*

Antonio Lastra

Podríamos parafrasear la más célebre de las opiniones de Alfred North Whitehead y escribir que su filosofía —su filosofía especulativa— es una nota a pie de página en la historia de la filosofía. Al autor de obras como *El concepto de naturaleza* (1920), *La ciencia y el mundo moderno* (1925) o *Proceso y realidad* (1929) no le ha correspondido, en efecto, otro lugar más destacado que ése, de modo que su lectura se convierte —tomando prestado de nuevo otro de sus términos— en una aventura entre las ideas. La idea de aventura, sin embargo, nos proporciona por sí misma una orientación: como en las antiguas novelas del género, en los libros de Whitehead prevalecía la confianza en la armonía o decencia final de la naturaleza y la fe en que la arbitrariedad o el misterio carecían del carácter de necesidad. La idea de orden llegaría hasta sus últimas consecuencias en la propia experiencia individual (de la que la lectura filosófica es un caso típico): la importancia concedida por Whitehead a la comunidad de la sensación le permitiría entender el mundo común del pensamiento y defender el paralelismo entre la actividad intelectual y la moral. “La moralidad de una perspectiva —escribió en *Proceso y realidad*— está irreparablemente unida a la generalidad de la perspectiva.”

Es un mérito de Whitehead que no le haya dado a la naturaleza, a la que consideraba un sistema independiente del pensamiento (o su perspectiva más general) e inalterable en última instancia por el hombre, el poder de atracción de lo que en otras filosofías quizá no tan especulativas se llama el abismo del ser. Pero este mérito ha obrado seguramente en su contra y es uno de los motivos por los que apenas se lee a Whitehead en la actualidad: el vasto ensayo cosmológico en que consiste su filosofía no seduce a una época que necesita otras filosofías mucho menos confiadas en la función de la razón. Whitehead llamó precisamente “filosofía de una época” —y García Raffi lo explica muy bien— a un modo de pensamiento que se generaliza e impone y que los sujetos acaban por asumir inconscientemente (p. 50). La filosofía de nuestra época asume, por ejemplo, sin que parezca indispensable una justificación explícita, cierta desconfianza hacia la razón y acepta incluso la debilidad del pensamiento. Nada más ajeno a lo que Whitehead cultivó como una fime disciplina lógica en la primera etapa de su obra, ligada para siempre al nombre de Bertrand Russell y a la publicación de los *Principia Mathematica* entre 1910 y 1911. Nuestra época parece haber olvidado “la naturaleza esencialmente constructiva y especulativa del pensamiento y, especialmente, del pensamiento científico”, en la que se amparó Einstein en su polémica con Mach (y que García Raffi expone a lo largo del segundo capítulo

* A propósito de XAVIER GARCÍA RAFFI, *Alfred North Whitehead: un metafísico atípico*, Biblioteca Javier Coy d'estudis nord-americans, 15, Universitat de València, València, 2003, 125 pp.

de su monografía), una polémica que podría explicar a su vez otro de los motivos por los que Whitehead ha sido olvidado. La dedicación a la metafísica en la segunda etapa de su obra se produjo en el momento en que la filosofía analítica alcanzó la hegemonía en el mundo académico. A la muerte de Whitehead en 1947, cualquier ensayo especulativo corría el riesgo de convertirse en un absurdo intento por mantener el significado de lo que no tenía sentido en el seno de los nuevos paradigmas de la filosofía científica de la época. Cuando la propia filosofía analítica cambiara de paradigma —del lenguaje matemático al lenguaje corriente—, sería tarde para encontrar en Whitehead a un precursor, a pesar de que la obra desarrollada en Harvard constituyera una *Kehre* mucho más fiable que las contorsiones heideggerianas o los entretenidos juegos del lenguaje wittgensteineanos.

Afirmar que el supuesto giro metafísico de Whitehead es mucho más fiable que el giro lingüístico no resulta exagerado: es una percepción del carácter necesario de la filosofía. El carácter necesario de la filosofía depende de que, como escribió Whitehead en *La función de la razón*, “suprimamos la noción de existencia vacía, carente de valor”. Toda la lógica de Whitehead —desde los procedimientos de la “abstracción extensiva” hasta el establecimiento de los “objetos eternos”— se basa, en última instancia, en la posibilidad de interpretar o valorar cada uno de los elementos u ocasiones de nuestra experiencia. Interpretar o valorar exige algo más que la intuición analítica; exige que tratemos de responder a las expectativas del pensamiento. Esta exigencia es la exigencia filosófica por excelencia. Es desalentador que la filosofía analítica no respondiera a esas expectativas al derogar la metafísica —al desestimar las preguntas— ni al establecer las prolijas definiciones estéticas del mundo del arte en el que se han refugiado los mejores talentos de la escuela analítica. Lo es también que sólo entre las consecuencias del pragmatismo haya reaparecido la filosofía especulativa de Whitehead, aunque siempre en un segundo plano respecto a Dewey. Nadie sabe cómo se escribe la historia de la filosofía. Me aventuro a pensar, sin embargo, que cuando se escriba el capítulo de la filosofía en América —mucho más extenso de lo que podríamos figurarnos ahora—, la obra de Whitehead, despojada de la superestructura científica que parecía necesaria a comienzos del siglo XX, recobrará el lugar que le pertenece junto a las obras de los grandes maestros trascendentalistas: las “iniciativas en la captación conceptual” y la concepción de una naturaleza incompleta que avanza y crea incesantemente se incluirán en la tradición de la experiencia de Emerson o James. El extraño viaje sin retorno de Whitehead a los Estados Unidos, cuando contaba sesenta y tres años, adquirirá un carácter simbólico de valor opuesto al viaje de vuelta a Europa de desplazados como Santayana, Eliot o Pound. Es significativo que Whitehead no considerase nunca la posibilidad del exilio: la educación anglicana y la influencia del romanticismo no alimentaron la nostalgia característica de la cultura europea. Al considerarlo un filósofo en el nuevo mundo —como lo considera acertadamente García Raffi al incluirlo en una colección de estudios americanos— le devolvemos a su filosofía lo que Whitehead pensaba que era la esencia de la razón: la capacidad de elaborar juicios sobre los destellos de novedad. La razón es el órgano que insiste en la

novedad del mundo. Con esta perspectiva, la más general y moral que podemos adoptar, la filosofía especulativa de Whitehead recobrará su carácter típico sin abandonar su peculiaridad.